

con dos mil hombres para mantener el orden en tanto que verificaba la retirada y al coronel Lafont de la defensa del Retiro y del cuidado de heridos y enfermos. José salía por el puente de Toledo de Madrid el día 10 de agosto y trasladó su cuartel general a Leganés. Empezó la evacuación de Madrid de franceses y afrancesados y en general de todos cuantos tenían algo que perder con la llegada de los aliados. De Leganés pasaba el rey Intruso a Valdemoro caminando precipitadamente hacia Valencia. Le siguió el general Hugo y la desbandada de los afrancesados se hizo general.

Durante tres días el inmenso convoy de fugitivos estuvo vacilando en los alrededores de Aranjuez. Palarea atacó el doce en Bobadilla y puente de Toledo a lo fugitivos, lo mismo que había hecho el día anterior a los que encontraba sin escolta caminando ciegamente hacia Valencia siguiendo el camino tomado por el rey José. Las carreteras obstruidas, el sol de agosto, la sed, el polvo, la falta de provisiones, pasando por aldeas abandonadas voluntariamente por sus habitantes que habían marchado con sus animales y víveres, dejando antes destrozados e inservibles sus muebles y muchos tras haber incendiado sus casas. Era un desorden indescriptible, porque los pozos secos y el calor excesivo hacía que surgieran disputas para beber el agua salobre de las charcas encontradas en el camino. Y en tanto los guerrilleros y merodeadores robando y esparciendo la alarma entre aquella masa que pagaba su deslealtad y falta de patriotismo con un tormento insufrible. La audacia de los guerrilleros llegó al extremo de apoderarse de los siete postillones del coche en que viajaba el embajador de Francia en Madrid, conde de La Forest y enviarle a uno de ellos para tranquilizarle por su suerte con una carta dirigida en estos términos: «Al embajador cerca del rey errante».

Wellington cometió la equivocación de creer también necesaria la conquista de Madrid y se verificó aquella célebre campaña, tan gloriosa como estéril, con la que se perdió lo que se habría podido obtener de la rota de los Arapiles. Ingleses y españoles se disputaban la primacía de la entrada en Madrid y el avance se convirtió en desenfundada carrera. Dejemos que testigos presenciales nos relaten la entrada en Madrid. Una carta dirigida al conde Oñate por uno de ellos decía: «oi es el día grande en la restauración y libertad de este Pueblo: a las cinco de la mañana salian los últimos franceses por la Puerta de Toledo, y quando aun no habian llegado a el Puente habia ia un centinela español de cavalleria en dicha Puerta para evitar la salida de algunos que se ha verifica-

